

NOTAS Y EVENTOS

ELOGIO DE LA AMBIGUEDAD

Juan Alcóver*

Como bien percibe E. Sánchez, Latinoamericanos y españoles tienen entre otras cosas en común la vivencia de su condición hispánica como inquisición. Dice Enriquillo que salta a la vista que detrás de toda interrogación hay una carencia. La tesis fundamental que plantearé es la siguiente: bendita la carencia, librenos Dios de la certeza!

Si España tomó conciencia de sí misma, en 1898, cuando lo perdió todo, y sigue interrogándose aún hoy, más que nunca, sobre la españolidad, en un intento de inclusión de lo excluido que no ha finalizado aún y no sabemos a donde nos llevará, me permito aventurar la hipótesis de que, en el caso de la Nación Dominicana, ésta permanente requisitoria sobre la dominicanidad resurge otra vez a partir del momento en que las esperanzas de todo un pueblo fueron aplastadas en 1965 por quienes ustedes saben.

Y, sin embargo, antropológicamente parece bastante claro que nosotros somos un pueblo étnicamente caucasiaco, de cultura neo-latina, sedimentado con las aportaciones de Iberos, Romanos, Godos Arabes y Hebreos.

Y, sin embargo, parece bastante claro que ustedes son uno de los pueblos de los denominados "nuevos" por DARCY RIBEIRO, resultante de la disolución de sus matrices indias, negras y blancas - como los brasileños, cubanos, colombianos, paraguayos y chilenos- en

*Agregado cultural del Centro Cultural Hispánico.

el que el doble proceso de transfiguración histórico-cultural y de mestización biológica, dió lugar a una raza predominante morena y a una civilización mestiza.

Ya. Pero es que en realidad el problema de la identidad, más que étnico, es un problema de cultura.

Dice Federico Henríquez Grateraux que "Toussaint no entendió nunca la razón por la cual los dominicanos negros no manifestaban tanto interés como los haitianos en la lucha por abolir la esclavitud". Tampoco lo entendió Dessalines. Price-Mars, el sociólogo y etnólogo haitiano, nos acusa de bovarismo, esto es, de ser unos negros que nos creemos blancos. En realidad es un problema de cultura. No somos blancos de verdad; somos negros de mentira; que son dos formas de decir lo mismo: piel negra y lengua española.

Está claro que existen influencias africanas en nuestra cultura - en la música, en la comida, en la religión- pero todas ellas están incorporadas a un torso cultural básico que es hispánico.

La autopercepción racial del dominicano -sea blanco, mulato o negro- lo revela poco menos que "desvinculado" culturalmente de África y atado a la cultura hispánica, todo ello sin sombra de bovarismo o de hipocresía. Lo cual quiere decir que el pleito actual entre "Africanistas" e "Hispanistas" está mal planteado desde la raíz.

Muchas naciones de América sienten su cultura como problema. En el Cuzco, algunos peruanos de hoy contemplan las construcciones incaicas como algo ajeno -nos dicen que fueron hechas por ellos- y miran las iglesias y edificios municipales construidos por los españoles, también como si fueran ajenos, nos dicen que también fueron hechos por ellos.

En el mismo sentido Uslar Pietri, por ambigua que resulte ser la identidad latinoamericana, lo dice todavía más claro, cuando la identifica plenamente con la cultura occidental que, insiste [USLAR PIETRI,] ...es la nuestra. No tenemos otra- pertenecemos a ella, ciertamente, pero a nuestra manera.

No se nos puede asimilar ni siquiera a la de España o a la de Portugal y esa presencia de la peculiaridad Latinoamericana es visible en todas las manifestaciones de la cultura."

Y finalmente, yo me permito añadir: por mucho que insistan los

americanos en su legítima voluntad de ser distintos de su originaria Europa -negación que se inserta en el proceso de revisión de la universidad de las ideas eurocentricas iniciado tras la II Guerra Mundial- o que la visión de la "pasión inútil" que para algunos fue la conquista española frente a la anglosajona, cuando contemplan la corrupción y la miseria de una gran parte de la América Latina, les dispere a los intelectuales Latinoamericanos sus mecanismos de fuga en otras direcciones, mas o menos poéticas o imaginativas. Pero, por Dios, si esta ambigüedad es lo mejor que tenemos!

La búsqueda de las Indias Occidentales llevó al descubrimiento del último Occidente o, si se quiere, quizás del "otro Occidente." Lo supo tarde Cristóbal Colón y nosotros también lo sabemos tarde, o todavía no lo sabemos. Pero, al mismo tiempo, como señala el narrador chileno Jorge Edwards, la expresión "otro Occidente" encierra una contradicción esencial.

Occidente es, por autodefinición, lo central, y lo otro, todo lo que se encuentra fuera de sus límites.

El Latinoamericano es pues, por estar situado en la periferia, el excéntrico, el pariente colateral, pero nunca el hijo tradicional de Occidente; y lo curioso es que el simple desplazamiento geográfico produce ya un efecto de marginación irresistible.

El que llega a América olvida muy pronto su filiación europea a menudo sin saberlo, y adquiere, para bien y para mal, la mirada de la periferia.

América está llena de europeos americanizados que no se dan cuenta de que han experimentado esa transformación. Cristóbal Colón fue el primero de ellos.

Por eso, al regresar a Europa, ya nunca se adaptó del todo.

Este fenómeno, característico de la ambigüedad de la identidad latinoamericana, se refleja de una manera sorprendente en la literatura. El poeta-Soldado español que participa en la conquista de Chile, Alonso de Ercilia, canta en una obra épica La Araucana las virtudes de los guerreros araucanos, con apasionada exaltación renacentista. Pedro de Oña, autor del gran poema épico de respuesta a Ercilla, Arauco domado, es el primer poeta criollo nacido allá y a la vez, paradójicamente, el primer creador de una leyenda negra de los indios, recogida mas tarde

por cierta literatura criolla, a los que tilda de bárbaros, supersticiosos y sanguinarios.

La novedad literaria del año 1801, en París, fue Atala, un pequeño libro que narraban el tierno y desgraciado idilio de dos amantes indios en las salvajes soledades del Mississippi.

El autor, desconocido hasta entonces, era un joven reaccionario tradicionalista de la pequeña nobleza bretona, René de Chateaubriand. Con el se abría paso la avasalladora novedad del Romanticismo en Francia y el largo predominio de los sentimientos sobre la razón.

Atala era, en cierto modo, una nueva forma sentimental e idealizada, del viejo, poderoso mito del "buen salvaje" que, vía Las Casas, Tomas Moro y Rousseau, había dominado el pensamiento europeo a partir del siglo XVIII y quizás mucho antes y que fue, como hoy lo comprendemos completamente, la raíz del pensamiento utópico y revolucionario. Esta visión, antropológicamente absolutamente falsa, pero que política y filosóficamente llegó a adquirir una validez incontrastable, ha dominado el pensamiento europeo hasta nuestros días.

Como consecuencia de esto en los libros europeos se transmitía una imagen de América, que no coincidía con la que los criollos habían adquirido en su experiencia vital, pero que llegó a ser tan prestigiosa y convincente que provocó la superposición de la imagen literaria sobre la realidad existente, incluso entre los americanos.

Pero esta ambigüedad de raíz, que nos hace interrogarnos permanentemente, a latinoamericanos y españoles, sobre nuestra identidad, constituye, quizás sin saberlo nosotros, nuestro máximo bagaje de civilización y el mejor antídoto contra el "enemigo provincianismo" que, como dijo Ezra Pound, no es mas que la ignorancia de las costumbres de otros pueblos, el deseo perverso de controlar los actos de otras personas.

Sobre éste -pura ignorancia y maldad entremezcladas- nada importa, hasta que algún cretino comienza a recurrir a la violencia. Prevenir esta locura inicial siempre ha sido la meta del esfuerzo político inteligente. Parece que no somos demasiado inteligentes: se han necesitado miles de años para que unos cientos de miles piensen que la idea de forzar los actos del otro es perversa. ¿Cuántos más serán

necesarios para aceptar co-existir con la diversidad?

Cuando la identidad es unívoca, fuerte, claramente delimitada y, además, aparece el provincianismo, surge lo peor de todo: el fascismo. Emergen como por ensalmo, movidos por un resorte oculto en las zonas más nauseabundas del inconsciente colectivo, los "ídolos de la tribu", aquellos que, derivados de la propia naturaleza humana, acosan permanentemente -según Bacon- la mente de los hombres.

Entonces los partidarios de la identidad incorrupta profetizan que la pérdida de las identidades nacionales uniformizará el mundo, convirtiéndolo en un monótono reflejo de la cultura del imperio dominante. Para ellos, la identidad no es el conjunto de intercambios creadores y de excentricidades fecundas, sino el despliegue de una esencia nacional que no admite la otredad bajo ningún concepto.

Por desgracia, tenemos los europeos muchos de esos en nuestro pasado, y una ojeada sobre la Europa de hoy, revela que también en nuestro presente. El combate de mañana no será pues, como había profetizado Marx, la lucha entre el capitalismo y el socialismo, será la lucha entre los que intentan desmitificar la identidad de la tribu y quienes desean convertirla en ídolo y mito del Siglo XXI.

F U E N T E S

-Enriquillo Sánchez: *La Hispanidad como Inquisición.*

-Federico Henríquez Grateraux: *Negro de Mentira.*

-Jorge Edwards: *La Identidad Mestiza.*

-Arturo Uslar Prieti: *Fantasmas De Dos Mundos.*

-Ezra Pound: *El Enemigo Provincianismo.*

-Fernando Sabater: *Los Idolos de la Tribu.*